

ENSAYO COMPARATIVO ENTRE LAS CONQUISTAS DE LOS ESTADOS PRECOLOMBINOS DE MÉXICO Y PERÚ

COMPARATIVE TEST THE ACHIEVEMENTS OF PRE-COLUMBIAN STATES OF MEXICO AND PERU

Luis Millones Santa Gadea*

Las comparaciones entre las civilizaciones de los Andes y Mesoamérica son un capítulo olvidado de nuestro quehacer histórico en los últimos cuarenta años. La cantidad de investigaciones modernas, a partir de los años sesenta, en ambos continentes, ameritan una mirada global del tema. El presente trabajo pretende hacer una síntesis de lo que se va descubriendo a partir del momento crucial del encuentro en el siglo XVI, ello nos permite entrever las semejanzas y diferencias de las sociedades mexica e inca y echar un vistazo a las reacciones de ambas ante la confrontación con Europa.

Palabras claves: Moctezuma, Atahualpa, Triple Alianza, Tahuantinsuyu, Pizarro, Cortés, armas de fuego, caballos, legalidad de la conquista y fundaciones españolas.

Comparisons between the civilizations of the Andes and Mesoamerica are a forgotten chapter of our historical task in the last forty years. The amount of modern research, from the sixties, on both continents, deserve a global view of the subject. This paper aims to summarize what is discovered from the turning point of the match in the sixteenth century, this allows us to glimpse the similarities and differences of Mexica and Inca societies and take a look at the reactions of both to the confrontation with Europe.

Key words: Montezuma, Atahualpa, Triple Alliance, Tahuantinsuyu, Pizarro, Cortes, guns, horses, legality of the Spanish conquest and foundations.

Introducción

Los estados precolombinos en el siglo XVI

Nunca ha sido fácil ligar los hallazgos de la arqueología con los de la historia. Este vacío es más notorio en el caso andino por la ausencia de testimonios indígenas previos a la invasión europea. La documentación del siglo XVI está escrita por los autores españoles o indígenas cristianizados y solo tenemos un manuscrito en quechua, que proviene de un autor desconocido, pero que escribe bajo la tutela de un extirpador de idolatrías. Al lado de ese documento y los que se escribieron en lengua española convive el fantasma de los quipus. Los cordones de colores, con nudos y muchas veces con pequeños objetos sujetos a ellos, debieron ser la forma de comunicación que ligó al Cuzco con las élites provinciales bajo su influencia. Con esfuerzo se ha logrado establecer que son algo más que un sistema de contabilidad, pero todavía no tenemos la fórmula para descifrar los mensajes. Además, no son muchos los manojos de cordones de nudos que han sobrevivido del período imperial, ello no

disminuye su importancia; nadie pudo gobernar un imperio de más de seis millones de habitantes sin un sistema que asegurase que la propuesta de gobierno era conocida y acatada.

En México precolombino, el registro de la memoria ya estaba presente en los glifos elaborados en bajo relieves que se trabajaban en piedra, estos glifos podían ser calendáricos, poniendo fecha a las imágenes representadas. Así se daba cuenta del momento en que se imponía a un ser sobrenatural a unos nuevos creyentes, o el gobernante anunciaba a su pueblo la última de sus conquistas. A continuación llegaron los códices, se dibujaron sobre el papel amate o sobre piel de venado o sobre algodón preparados para recibir y guardar (como biombos o como sábanas, si eran de algodón) los relatos expresados en dibujos y signos que, aun los europeos, encontraron análogos a sus conocidos manuscritos. La imprenta todavía era novedad en Europa en momentos del descubrimiento de América.

En un principio quipus y códices fueron destinados a la hoguera. La rivalidad que pudo pensarse con la palabra del dios cristiano los hizo ser percibidos como idolatrías, y es incalculable el número de

* Universidad Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales, Lima, Perú. Correo electrónico: lm101@nyu.edu

cordones de colores y papeles de amate que ardieron por el pecado de guardar la memoria de pueblos desconocidos. Pero la similitud de los materiales mesoamericanos debió ser una de las razones que hizo posible que los propios indígenas estuvieran varios pasos más cercanos a usar el abecedario español, para escribir en los varios idiomas que se hablaban a finales del período que los arqueólogos llaman postclásico (900 d. C. a 1521 d. C.). *“Por otro lado, la imposición de nuevas formas culturales sobre los indígenas, principalmente a los miembros del antiguo grupo dominante..., provocaron que paulatinamente algunos de esos nobles, depositarios del arte de la lectura de códices, comenzaran a olvidar las convenciones sobre las que se afincaba el sistema de registro usado por sus antepasados. [Estas y otras razones provocaron] que algunos indígenas se dieran la tarea de glosar el contenido de esos antiguos documentos. Así comenzaron a aparecer en ellos, al lado de los dibujos y signos, textos algunas veces en náhuatl, otras en español, que eran explicaciones de las pictografías”* (Romero Galván 2003: 15).

Esto no significa que el desciframiento de los glifos y en general de la pictografía de las culturas mesoamericanas fuera fácil, recién en 1952 la *“lectura”* de los signos mayas fue posible, luego de casi un siglo de trabajo intelectual. El paso que abrió su desciframiento llegó desde el lugar menos esperado, el Instituto de Etnología de Leningrado, en la entonces Unión Soviética. El científico que encontró la forma de hacerlo fue Yuri Valentinovich Knorosov, que también se interesaba en las formas de escritura de Egipto, Japón, Arabia y China (Coe 1994: 146-147).

Los quipus también tienen un largo pasado como tema de estudio, pero no existe la mediación que permita la *“lectura”* de un quipu. Es decir, no tenemos el documento que se relacione directamente con un grupo de cordones determinado, de tal manera que nos permita atribuir a partes precisas del objeto un significado que se plasme en palabras. Esto no quiere decir que carezcamos de intentos; desde los primeros tiempos del contacto, en 1542, Cristóbal Vaca de Castro convocó a cuatro quipucamayos (especialistas incaicos en el manejo de los quipus) muy viejos para que usaran las cuerdas de colores para dar testimonio de la historia. Por desgracia, el texto, que va desde el primer inca (Manco Capac) hasta los efímeros sucesores bajo la batuta europea (Manco Inca II y Paullu Inca), está tan mediatizado

por los traductores y los propósitos del gobernador Vaca de Castro, que no satisfizo ni a los propios españoles (Quispe-Agnoli 2011:164).

El esfuerzo por entender los quipus y encontrar otros medios de comunicación precolombina en los Andes se hizo visible en la segunda mitad del siglo XX, pero si bien se lograron notables adelantos en la composición de los materiales usados, en su cronología todavía no tenemos la capacidad de que nos dé noticias sobre el pasado (Millones 2011: 49-57).

Aun con esta información descompensada es posible decir que los mexicas, líderes de la Triple Alianza (formada por Texcoco, México-Tenochtitlán y Tlacopan), constituyeron un estado muy diferente en estructura y funcionamiento al que se desarrolló a partir del Cuzco. Su crecimiento se ubica a aproximadamente en las mismas fechas en que se desarrollan las últimas etapas del postclásico. En los Andes, los arqueólogos precisan que el período equivalente va del año 1000 al 14000. Lo han denominado horizonte tardío, y la fase imperial abarcaría un espacio temporal similar al de los mexicas (1400-1532).

El nacimiento de ambos estados se presenta formalmente a través de relatos en los que es difícil destejer lo que es mito y lo que corresponde a la historia. Pero eran las explicaciones oficiales que recogieron los europeos de las noblezas reinantes en el siglo XVI. En Mesoamérica *“Aztlán aparece en las fuentes con dos rostros contradictorios. Por una parte está ligada al mito, identificada total o parcialmente con el sitio materno de origen y como tal confundida o considerada vecina de las míticas Chicomóztoc (el lugar de las siete cuevas)... Los emigrantes salieron de allí por mandato de su dios patrono, quien, ya a través de sus sacerdotes, ya con su presencia directa, guió a su pueblo hasta la tierra prometida... En Aztlán vivía un pueblo casi desconocido que recibía el nombre de azteca. Los mexicas, cansados de la explotación a que los aztecas los tenían sometidos, escaparon en busca de mejores condiciones de vida. La milagrería de los relatos incluye un portentoso mandato por el cual los emigrantes dejan de llamarse aztecas para retomar su verdadera identidad como mexitin o mexicas, los protegidos del dios Mexi o Huitzilopochtli”* (López Austin y López Luján 2001: 211).

Las cuevas de Chicomóztoc han sido comparadas en términos míticos con la cueva de Pacaritambo, lugar de donde surgen los cuatro hermanos Ayar y sus hermanas y esposas. Brotan de las entrañas de

la tierra con la misión de fundar el Cuzco, el futuro ombligo del mundo. Es interesante tener en cuenta los inconvenientes que los Ayar deben sortear, son todos sobrenaturales, y van desde otras “*wakas*” (o dioses) de las regiones que atraviesan, hasta las envidias entre ellos. Finalmente, Ayar Manco (o Manco Capac) se establece en la capital de los incas (Millones 1987: 101-136). Los mexicas en cambio tuvieron múltiples dificultades terrenas, que provenían de la hostilidad de los pueblos que iban atravesando. Los investigadores coinciden en que esta etnia era parte de una gigantesca oleada de migrantes del Norte de México, más bien cazadores y recolectores, con cierto, pero insuficiente, manejo de técnicas agrícolas, que buscaba de establecerse en la meseta central del país. Explicado en términos míticos, el dios Huitzilopotchtli (colibrí zurdo o colibrí del Sur) los guió hasta orillas del lago Texcoco, a dicho dios se le ha identificado como el Sol, aunque tiene otras maneras de presentarse ante los ojos de los humanos. El final de la peregrinación de los mexicas es hoy el escudo de la nación moderna: “*Andando de una parte en otra divisaron el tunal, y encima del el águila con las alas extendidas hacia los rayos del sol, tomando el color dél y el frescor de la mañana, y en las uñas tenía un pájaro muy galano de plumas muy preciadas y resplandecientes*” (Durán 2002: I, 91). Otras versiones han tenido mayor difusión, por lo menos en algunos detalles importantes, el pájaro apresado es reemplazado por la serpiente (Durán 2002: I, lámina 6).

La versión incaica quedaría incompleta sin la saga de los chankas. Como muchas otras sociedades tradicionales, los señores del Cuzco construyeron un discurso que explica la protección de los dioses a los nacidos en su territorio y la legitimidad del gobierno establecido. De acuerdo con el relato oficial, es el octavo inca, Viracocha (nombre que copiaba la denominación del dios “*creador*”), quien se sintió amenazado por el avance de la “confederación “*chanka*, que reconoce como “*paqarina*” o lugar de origen a la laguna de Choclococha (departamento de Huancavelica). Los chankas estaban liderados por los jefes de las dos mitades de la primitiva Andahuialas: Asto Guaraca y Tomay Guaraca, que llevaban el cuerpo momificado de su héroe cultural: Uscovilca (Millones 1987: 107). El inca Viracocha huyó con su heredero dejando desamparado al Cuzco, un hijo menor decidió entonces tomar su lugar y asumir el reto de la

defensa, a pesar de contar con solo un puñado de combatientes.

Como en el caso mesoamericano, es un dios (calificado como creador por los españoles) quien acude en ayuda de su pueblo elegido. Se trata del dios *Viracocha Pachayachachi*, que le explica al futuro héroe cultural que puede ir confiado al campo de batalla donde derrotará a los invasores. Así sucede, no sin antes que las piedras, convertidas en guerreros, se sumaran al nuevo Inca Yupanqui, que en adelante será conocido como Pachacuti Inca Yupanqui.

Las imágenes que tiene cada uno de los dioses nos pintan de alguna manera el carácter de cada estado. Huitzilopochtli es generalmente representado con un yelmo de colibrí en la cabeza, con una mano sostiene una serpiente de turquesa y con la otra un escudo con cinco adornos de manojos de plumas, una bandera ritual de papel y el xiuhcōatl “*serpiente preciosa*”, su arma mágica. Es, por cierto, la representación de un guerrero, dispuesto al combate. El dios que se presenta al inca en un sueño tiene figura “*humana*” “*a quien ellos llaman Viracocha Pachayachachi, que dice Hacedor del mundo, y ellos tienen que éste hizo el sol y todo lo que es criado en el cielo y la tierra [pero también] varían en esto...porque unas veces tienen al Sol por Hacedor y otras veces dicen que [es] el Viracocha*” (Betanzos 2004: 87). Nos interesa, por encima de las dudas del cronista, la manera en que este dios salvador fue representado en ambas sociedades, ya que de alguna manera expresa uno de los ejes en que se sostiene el total de su ideología. Hay que anticipar que los dioses mesoamericanos pueden cambiar de forma y transformar sus apariencias, incluso en la de otros dioses, cualidad difícil de encontrar en los incaicos. Si seleccionamos solamente al patrón de los mexicas, habría que agregar a lo dicho, que también suele mostrarse cargando un ser fantástico llamado *Anecúyotl*, y su cuerpo estaba pintado de azul y amarillo. No son menos vistosos los dioses Tlaloc (vino de la tierra), Texcatlipoca (espejo humeante) o Quetzalcōatl (serpiente de plumas preciosas), lo que establece un claro contraste con las representaciones incaicas, que si creemos a los cronistas fueron siempre antropomorfas. Mucho tiempo atrás quedaba la fantástica iconografía del Intermedio Temprano con las pinturas y esculturas nazcas o mochicas, y la decoración de su arquitectura en la costa norteña. Lo mismo podría decirse de las

enormes vasijas decoradas de Wari, que pudo ser el antecedente imperial de los incas.

La cerámica del último período andino tiene preferencia por los trazos geométricos (en los aríbalos, por ejemplo) y la representación del dios tutelar del Tawantinsuyu, Inti o el Sol, tiene una detallada descripción muy ajena al guerrero mexicana. Se trata de “un niño de oro macizo” (Betanzos 2004: 90) que tenía la talla de los que cumplen año y medio. Se hizo así, en recuerdo de la imagen resplandeciente que anunció al inca Pachacuti su triunfo sobre los chankas.

La monumentalidad incaica nos ha dejado testimonios imponentes del poder que manejaron sus gobernantes, pero son muy distantes del despliegue, que podríamos calificar de barroco, de las pirámides de los mayas o aztecas. Los incas construyeron haciendo que el propio paisaje fuese una de sus herramientas. Si a Machu Picchu lo sacamos del ambiente que lo rodea, nos quedaríamos con edificios de bloques de piedra, sin otro mérito que el esfuerzo que costó llevarlos de un lugar a otro, y de la perfección para cortar y encajarlos.

Tampoco la saga imperial tiene un correlato arqueológico que sostenga la prolongada y heroica guerra con los chankas. Hace ya varios años que trabajando en el valle del Cuzco se ha descubierto que las construcciones defensivas en este período no existen, y que el desarrollo del estado imperial es un crecimiento paulatino de las propias etnias locales, que recién a comienzos del siglo XIV o XV se expandieron hacia otros horizontes (Bauer 2008: 361). La sonora épica contra los hijos de la laguna de Choclococha, quizá sería la reminiscencia de la ocupación de la sociedad Wari (año 800 d. C.), pero eso ocurrió mucho antes de los incas.

Los rivales de España

Los migrantes chichimecas, convertidos en peregrinos en el lago Texcoco, sirvieron por un tiempo como guerreros al servicio de los estados que ocupaban la región, hasta que al constatar sus propias fuerzas compitieron con sus vecinos a quienes dominaron. Pero la dureza de las condiciones en que asumieron el liderazgo marcó su espíritu militar y el estado que construyeron se levantó a partir de conquistas que sobrepasaron el centro de México, en todas direcciones.

Su ideología religiosa exigía sacrificios humanos que repetían el gesto de los dioses que se

sacrificaron en la hoguera para renacer convertidos en el Sol y la Luna. No es extraño entonces, que las órdenes militares sean honradas con nombres significativos como caballeros jaguar, caballeros águila o caballeros colibrí, en atención a la fiereza con la que esta avecilla defiende su territorio. Al lado de los guerreros, otros estamentos sociales como los sacerdotes dedicados al culto, o los pochtecas o comerciantes, también se distinguían del ciudadano común (maceguals) o de los esclavos.

La guerra era, pues, un estado natural, y los pochtecas contribuían al estado, informando sobre los lugares y las gentes que visitaban en sus viajes. El ejército vivía una alerta permanente, la necesidad de esclavos para la nobleza y de víctimas para las divinidades hicieron que la representación del poder en monumentos y esculturas fuese intimidante: A esto hay que agregar las calaveras y esqueletos que tuvieron una presencia frecuente al lado de rasgos de animales, lo que dio a los europeos la impresión inmediata de lidiar con el demonio.

Si se leen las crónicas andinas, la sucesión de conquistas militares de los diez incas que preceden a Guascar y Atahualpa, parece que los caudillos incaicos no hubieran podido dejar las armas un solo día. El gigantesco espacio que va de Pasto (Colombia) al río Maule (Chile) es una tarea imposible, sin pensar en la cadena de rebeliones que debieron estallar cada cierto tiempo. Curiosamente el arte militar no parece ser uno de los temas enfatizados en lo que podríamos rescatar de un ideario de gobernabilidad andina. Sabemos, sin embargo, de estrategias muy elaboradas para mantener el control de sus recién adquiridos vasallos: tales como capturar y llevar al Cuzco a los jóvenes nobles de las regiones en conflicto para que puedan aprender la lengua y los comportamientos adecuados que los estrecharía con la élite imperial incaica. El joven educado en la corte, al sentirse parte del poder, aplicaría en su pueblo lo aprendido y sería parte del aparato administrativo de los hijos del Sol.

Esa estrategia se multiplicaba con los mitimaes o mitmaqkuna, grupos de familias cuzqueñas o de lugares de comprobada lealtad con los incas, que se trasladaban a zonas de reciente conquista o bien en proceso de ser influenciados. Su presencia, compartiendo espacios, labores y hasta posibles lazos de parentesco, terminaba por conducir a los nuevos vasallos por el camino fijado por los señores del Cuzco. Con el tiempo, y pensando en una geopolítica favorable, se alzaron construcciones, como pequeños

“Cuzcos” (Huánuco Pampa y Vilcashuaman son los ejemplos clásicos) donde la población local trabajaba y almacenaba productos, bajo la vigilancia de gente cuzqueña o afín a sus principios. No fueron muchos, pero su ubicación estratégica los hacía dominantes en los lugares adecuados.

En todo este proceso de expansión, las fuentes escritas, si bien dan los nombres de los “*generales*” o “*capitanes*” indígenas, jamás se especifica la organización de cuadros militares. La impresión que despiertan sus conquistas es que se reclutaba soldados temporales entre los campesinos, que llegaban acompañando sus jefes étnicos por temporadas muy precisas, mientras no eran necesitados para la siembra o la cosecha. Tanto es así que durante la única revuelta militar que se enfrenta a los europeos, durante el corto gobierno de Manco Inca II, ha hecho pensar a los historiadores que la hueste incaica se desmanteló porque era la época de atender a sus sembríos.

Conviene precisar que la llegada de los europeos a ambas civilizaciones precolombinas tiene peculiaridades que las hacen muy diferentes. Hernán Cortés arriba a Yucatán en territorio maya, quebrando el mandato de Diego de Velázquez, gobernador de Cuba para evitar ser arrestado. Su avance hacia Tenochtitlán le va revelando el descontento de las naciones indígenas con respecto a las imposiciones de los tlatoanis (nombre de los gobernantes) del centro de México. Por su parte, Moctezuma II, aunque desde hacía tiempo conocía que hombres y caballos del otro lado del mundo tocaban las costas de su territorio, el encuentro con ellos era temido y desconcertante. Una serie de embajadas y regalos pretendieron evitar que sigan su marcha, al mismo tiempo que se organizan emboscadas para acabar con ellos. Pero su propia gente debió lidiar con los estados o conjuntos de etnias que iban aliándose a los recién llegados, incluso luego de combatirlos, sobre todo cuando se percataban de la superioridad tecnológica en el campo de batalla, y del firme propósito de Cortés de tomar Tenochtitlán y sus líderes.

En un principio Moctezuma II relaciona la llegada de los españoles con el regreso del dios Quetzalcóatl, a quien los sacerdotes indígenas atribuyen la profecía de su retorno. El mito coincide con los espacios críticos señalados en el calendario azteca, lo que naturalmente causa zozobra en la clase dirigente. Eso explica el ya mencionado envío de mensajeros y obsequios con los que el tlatoani mexica incita la codicia a los expedicionarios

españoles. Pero las sucesivas batallas en el largo camino que va de Yucatán a la meseta central, y por consiguiente, la muerte de hombres españoles y sus caballos, termina por ofrecer otra mirada de las necesidades y miserias, muy humanas, de los invasores.

Para el conquistador y su entorno inmediato era indispensable la toma de Tenochtitlán y la captura de Moctezuma, que pasaría a ser la marioneta necesaria para el control del estado. Cortés ya había advertido que la naturaleza de gobierno y las relaciones entre los pueblos subyugados y los mexicas se asentaba en el poderío militar de Tenochtitlán. Sin la derrota de ellos, la Nueva España (como se llamaría el virreinato) no pasaría de ser un sueño. Con esto en su mente, la llegada a la capital y la captura del tlatoani fueron acciones realizadas en muy corto tiempo. Hay que resaltar que las tropas españolas (con caballos, perros de combate y armas de fuego) tuvieron el total apoyo de los tlaxcaltecas, reino vecino y rival de la Triple Alianza, que luchó con ferocidad contra sus enemigos de larga data.

Moctezuma murió al corto tiempo, hay dudas sobre si cayó mortalmente herido por las piedras que sus propios súbditos le arrojaron, tachándole de ser sirviente de los extranjeros. Otros autores mexicanos sostienen que fue ejecutado por los soldados españoles, cuando la turba enfurecida de indígenas asediaba el recinto.

La muerte del tlatoani no significó la caída de Tenochtitlán, la hueste europea debió sufrir lo que se conoce como la Noche Triste, es decir, la retirada de los españoles de la capital a través de los islotes y puentes que conformaban la ciudad, previamente inundada para dificultar el paso de los caballos y con todos sus habitantes en pie de lucha, que arrojaban flechas y piedras desde los techos de sus casas y asaltaban con denuedo los templos (pirámides) donde se habían refugiado los españoles y sus aliados. Cortés debió rehacer su gente y llamar refuerzos de Veracruz, a más de contar con más aliados indígenas para intentar la conquista de Tenochtitlán. Esta es la razón por lo que la muerte de Moctezuma (junio 1519) no marca el hito definitivo del fin de la Triple Alianza, lo es, en cambio, la captura de la capital, el 13 de agosto de 1521, luego de que sus pobladores, agotados y sin agua ni alimentos (Cortés había cerrado las vías de acceso) no tuvieron otra opción que rendirse.

La situación en los Andes fue muy diferente, Pizarro llega en su tercer viaje, perfectamente

legitimado en su rol de gobernador y capitán general de la empresa. Había acaparado honores y títulos a costa de los que debieron ir a manos de Diego de Almagro, lo que finalmente le acarreó la muerte. El tercer socio, Hernando de Luque se satisfizo con el obispado de Tumbes y fue un mediador importante para que la disputa de los dos socios mencionados no terminase en una pelea abierta antes de que comenzase la hazaña. Otros contribuyentes al enorme gasto que significó montar las expediciones, como Gaspar de Espinosa y el propio Pedro de Arias Dávila, también calmaron los ánimos, o al menos no los atizaron, temiendo por los capitales o trámites ya invertidos.

Por el contrario, la situación en el Tawantinsuyu era convulsa. El inca Guaina Capac había muerto, probablemente como consecuencia de una plaga proveniente de Europa, que se extendió rápidamente desde los primeros contactos. También su presunto heredero Ninan Cuyuchi había pasado a mejor vida, por la misma causa. Los “*generales*” y el cuerpo momificado del inca estaban en lo que hoy es Ecuador, en el extremo Norte del imperio incaico, donde también se hallaba otro de los hijos del inca, Atahualpa, quien había acompañado a su padre en las últimas conquistas. A la muerte de cada inca tenía lugar un complicado juego político, ya que las familias (alrededor de diez), que conformaban la nobleza cuzqueña, trataban de que alguno de sus miembros sucediese al monarca fallecido. Para evitar que la contienda llegara al caos, algunos estudiosos proponen que los últimos gobernantes decidieron elegir desde muy joven a quien sería su sucesor. A partir de ese momento, el futuro inca convivía en Cuzco con la corte, aprendía el arte de gobernar al lado de su padre y los oficiales de confianza.

El mecanismo de salvaguardia de la sucesión fracasó cuando el inca Guaina Capac y el joven Ninan Cuyuchi murieron de manera súbita, por lo que ha sido calificado como “*viruela*” en las crónicas. Otro hijo del inca, Guascar, ganó el consenso de las familias reales (panakas cuzqueñas) e hizo llevar apuradamente la momia del inca al Cuzco para erigirse como sucesor. La maniobra tuvo éxito y Guascar asumió la borla imperial o mascapaicha. No mucho después, Atahualpa, apoyado por los “*generales*” de su padre (Quizquiz y Chalcochimac), se sublevó y enfrentó a su hermano, derrotándolo y reduciéndolo a la condición de prisionero, a la vez que los jefes de sus tropas tomaban el Cuzco y sacrificaban a los miembros de las panakas que habían favorecido al desdichado inca.

Pizarro y su hueste arribaron a la costa del Norte del Perú en momentos en que Atahualpa se dirigía al Cuzco, a hacerse cargo del gobierno recién adquirido. No sabemos si nació allí, en Quito o Cuenca, que también pudieron ser su cuna de origen. En todo caso, le era imprescindible llegar y tomar posesión de la ciudad sagrada, más santuario que conjunto urbano, de significación consagratoria para cualquiera que pretendiese ser “*Hijo del Sol*”.

El viaje al territorio de lo que hoy es el Perú fue penosísimo para la hueste española, parte de la tropa decidió regresar y los pocos que siguieron a su lado (“*los trece de la fama*”) hubieran perecido si Almagro no llega a enviar la ayuda necesaria. Recién en Tumbes, o poco antes, en la isla de Puná, el veterano conquistador (varios años mayor que Cortés) se va haciendo una idea clara de la fortuna que lo aguarda muchas leguas más hacia el Sur. La coincidencia de cruzarse en las circunstancias descritas con quien pretendía coronarse inca es digna de admiración. Tendría a su favor un estado sin jefe definido, desgastado por una guerra de varios años y por resentimientos exacerbados entre los combatientes, una nobleza dividida, y en muchos casos escondida, para huir de la matanza desplegada por los hombres de Atahualpa. En su recorrido, los cronistas de los primeros tiempos no dejan de anotar los destrozos causados por una masacre sin piedad, previa a la llegada de los barcos españoles.

Este panorama nos servirá para razonar sobre la visión andina con respecto a estos enfrentamientos. El hecho de no existir ejércitos formales dentro de la estructura del estado incaico no amenguaba la violencia de los ataques, generalmente llevados a cabo por un número crecido de atacantes, superior a los potenciales defensores. Además, existieron etnias que proveían guerreros, cuya actividad estaba orientada al combate. Las crónicas atribuyen tales características, por ejemplo, a los cañaris (Ecuador y el Norte del Perú), que jugaron un papel importante en el triunfo de Atahualpa sobre su hermano, y posteriormente a favor de Pizarro y las autoridades europeas contra la decaída nobleza incaica. También hay que anotar que aun sin las razones cosmogónicas de los mesoamericanos, en los Andes los sacrificios humanos fueron una actividad ritual importante. Especialmente de niños, a favor de la salud y bienestar del inca gobernante; los cronistas llaman al sacrificio Capac Cocha y tenía lugar en situaciones de crisis

Para terminar esta breve referencia a la situación de los estados indígenas al momento de la invasión europea, enfatizaremos dos aspectos que hacen que las expediciones españolas tengan un éxito en un plazo relativamente corto. En primer lugar hay que destacar la superioridad del aparato militar, en el que los cañones y la pólvora jugaron un papel definitivo, algo menos las armas personales de corto alcance, pero también aterradoras por el ruido y el efecto de su impacto, a pesar de su escasa precisión y de lo trabajoso de su carga y recarga. Caballos y perros de guerra tuvieron también un rol notable en los enfrentamientos, es fácil entender el cuidado que ambas expediciones pusieron al embarcar y cuidar los animales a lo largo del trayecto marítimo. Lo mismo puede decirse de los diferentes premios que se adjudicaban a los combatientes que concurrían con sus cabalgaduras y aquellos que iban a pie. Armas y animales de guerra en territorio americano ya eran parte de la experiencia española en Panamá y el Caribe, que además arrastraba el peso de pasadas guerras en las islas Canarias e incluso en la Reconquista.

El segundo aspecto que vale la pena recalcar es el de las epidemias que se agudizaron en momentos del contacto. Las muertes de Guaina Capac y Ninan Cuyuchi no fueron un hecho anecdótico: en 1520 la primera plaga de la que tenemos noticia en Mesoamérica postconquista fue la que se conoció como “*viruela*” y que causó la muerte de Citláhuac, el huey tlatoani que sucedió a Moctezuma, décimo señor de los mexicas, que solo gobernó dos meses. Lo sucedió Cuauhtémoc, que con sus escasos dieciocho años, lideró la última y desesperada defensa de la ciudad de Tenochtitlán (Martínez 1990: 41). Estas muertes son parte del colapso general de la población americana, un recuento de las epidemias en los Andes y Mesoamérica puede encontrarse en Gibson (1967: 138-167) y en N.D. Cook y Lovell (2000: 227-250). En todo caso, por encima de la guerra de cifras en que se empeñaron los historiadores desde la década de 1950, hoy no cabe duda que en ambos lados del continente los europeos encontraron a una población sin las defensas biológicas para este choque bacteriano y viral. La inmigración progresiva de europeos y africanos intensificó la crisis.

Los hombres de la Conquista

Las guerras de Reconquista y el auge militar de la España de los Reyes Católicos y Carlos V no

lograron ocultar las deficiencias de una economía de importación, que consumía los ingresos provenientes de la captura de los territorios andaluces, las difíciles posesiones en territorio europeo, y poco más tarde, el oro y plata de los imperios americanos. Justamente, el viaje de Colón abrió un espacio de esperanza para quienes el quehacer de la aventura militar había sido la posibilidad de sobrevivir, si no existía fortuna familiar, o un espacio en la burocracia civil o eclesiástica.

En diferente escala Pizarro y Cortés son parte de este proceso, la ilegitimidad de don Francisco hizo más agudas sus necesidades, pero tampoco don Hernán, con una precaria educación (o más bien vida disipada) en Salamanca, estaba preparado para competir en España por un empleo con posibilidades de importancia. Nacido uno en Medellín (Cortés) y otro en Trujillo (Pizarro) los hacía extremeños, aunque es poco probable que existiera alguna forma de parentesco entre ambos. Se trataba, sin embargo, de apellidos bastante comunes, de hecho la madre de Cortés se llamaba Catalina Pizarro Altamirano, Hernán fue el único hijo de su matrimonio con Hernán Cortés de Monroy, un hidalgo pobre. Su mujer dio a luz en julio de 1485. Siete años antes había nacido Francisco Pizarro, hijo de otro hidalgo pero de mejor condición económica, don Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar, hombre muy prolífico, que lo engendró en Francisca González, una criada, que más tarde dio un hermano uterino a Francisco, quien lo acompañó en su aventura hasta morir asesinado junto a él. Se llamaba Francisco Martín de Alcántara, y fue leal servidor del conquistador, murió defendiéndolo de los seguidores de Almagro el Mozo. Don Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar tuvo otros hijos varones, solo uno legítimo: Hernando Pizarro, los otros dos que recuerda la historia, Juan y Gonzalo, los tuvo de María Alonso, la hija de un molinero (Lavallo 2005: 24 y 25), también en condición de bastardos. Ambos murieron combatiendo en América.

La expedición de Cortés, que parte de Cuba en 1519, fue largamente superior en número y provisiones a la que por tercera vez logró conseguir Pizarro; cotejando fuentes de la época se puede pensar que consiguió zarpar con once navíos con 508 soldados, alrededor de 100 marineros y 16 caballos. Además de las armas de acero, llevaban 14 cañones, 32 ballestas y 13 escopetas. Acompañaron a Cortés en el liderazgo de la empresa: Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Portocarrero, Francisco de

Montejo, Diego de Ordaz y Cristóbal de Olid, todos ellos se declaraban hidalgos y fueron necesarios, pero a veces difíciles compañeros en esta aventura (Martínez 1990: 136). Francisco Pizarro, en su tercera y definitiva expedición al Perú contaba con gente experimentada, tenía a Hernando de Soto, Juan Ponce de León, Pedro de Candia y Bartolomé Ruiz, pero era notorio que en la dirección de la empresa tenían enorme influencia sus hermanos, lo que generó problemas sin solución, especialmente con Diego de Almagro, que se encargaba de proveer al primer grupo de conquistadores desde Panamá. La expedición tenía sólo dos naves, una de las cuales se quedó en Panamá al mando de Cristóbal de Mena, y la de Pizarro que zarpó el 20 de enero de 1531. Se ha hecho el cálculo de los hombres y caballos que salieron y se fueron sumando hasta su arribo a Tumbes: llegaron “*más de 250*” y un centenar de cabalgaduras (Busto 2000: 274).

No es este el lugar para una nueva narración de los hechos acaecidos en el proceso de destrucción de los imperios americanos. Concluyamos este aparte dando cuenta de uno de los rasgos que alimentó el prestigio o desprestigio de los líderes de las empresas conquistadoras. Con notable experiencia juvenil como escribano, Hernán Cortés se constituyó en el principal juez de sus aventuras, a través de cinco notables relaciones o memoriales, a las que se conoce como “*cartas*”, cuatro de ellas dirigidas a Carlos V, y una de ellas, la primera, a doña Juan (la Loca) y al joven emperador. Los documentos constituyen un recuento detallado de la empresa conquistadora, y, al mismo tiempo, una elaborada defensa legal de sus acciones y puntos de vista. Todo ello envuelto en una prosa elegante y seductora.

Cortés necesitaba que su testimonio, apoyado en el quinto real y en el alegato de sus procuradores, fuese de tal convicción que anulase el hecho de que había salido de Cuba contra las órdenes del gobernador Velázquez, y que habiendo constituido un cabildo en territorio mesoamericano contradecía el mandato expreso de explorar y no fundar una ciudad en territorio americano. También había quienes disentían de su criterio al interior de su propia hueste, barrenar sus naves fue un desafío que obligó a muchos detractores a proseguir con una empresa que se veía casi imposible. Algo más serio fue tomar preso a Pánfilo de Narváez, luego de una corta refriega al mando de la empresa conquistadora, con títulos suficientes para desplazar legalmente a Cortés.

Pero por encima de sus acciones políticas, las cartas son al mismo tiempo una explicación de los gastos que demanda la tarea, sin que le tiemble la pluma para dar cuenta del uso “*de sus reales rentas*” al Emperador Carlos V, diciendo “*que no se pudo hacer otra cosa*” debido a la necesaria “*pacificación*” (Delgado Gómez, editor 1993: 513).

Por encima de su analfabetismo, que en algún momento de su viaje a América Pizarro trató de remediar, el conquistador no dejó una documentación semejante a la de su paisano extremeño. Tuvo a su lado suficientes secretarios y amanuenses que pusieran por escrito el dictado de sus disposiciones, pero allí no había espacio para la belleza de estilo, ni alardes prosísticos. Tampoco Pizarro demostró en su vida cotidiana un interés especial por la elocuencia, se le recuerda parco y de lenguaje directo, y sus limitaciones hicieron que su escritura a través de terceros fuera sin mayor adorno.

Hay además el tema de la pérdida y destrucción de su legado escrito. Tras su violenta muerte, Juan de Herrada y sus seguidores quemaron y dispersaron los documentos oficiales y privados del gobernador. Mucho antes, en abril de 1532 zozobró en la playa de Tumbes una barca que llevaba vasta documentación de todas sus gestiones anteriores, las pérdidas son una constante en los materiales históricos sobre Pizarro. Su difícil compilación moderna tiene un excelente primer trabajo que fue llevado a cabo por Guillermo Lohmann Villena (1986), pero como él mismo afirma, queda pendiente una búsqueda aun más completa.

Los evangelizadores

Legalmente la condición que dio derechos de colonización sobre América a Portugal y España fue la conversión de sus habitantes. Dado que la labor de Las Casas y sus seguidores ya había decidido a la Corona sobre las razones para evitar la esclavitud de los naturales, y la necesidad de considerarlos con capacidad de ser cristianos, se hizo imperativo que cada expedición llevase a bordo el clero suficiente para prestar sus servicios religiosos a los expedicionarios y comenzar la gigantesca tarea de combatir al demonio. El presupuesto de la tarea daba por sentado que el Enemigo había tomado posesión de las tierras americanas, situación que se podía probar al escuchar, mediante los improvisados traductores, las explicaciones sobre el origen del mundo, de los hombres o las fuerzas de

la naturaleza, etc., tan ajenas a la doctrina cristiana. Más aún, las imágenes sagradas de los pueblos americanos causaron la inmediata repulsión en los recién llegados, sobre todo porque en la composición de las mismas aparecían rasgos antropomorfos y de aquellos animales que a juicio de los creyentes tenían valencias sobrenaturales. La amplia difusión de la representación de la serpiente en México y los Andes se convirtió en una prueba más de que los nativos necesitaban la palabra del Señor. A lo dicho podemos concluir que los sacrificios humanos en México y Perú no contribuyeron a mejorar la imagen que circulaba en Europa sobre las costumbres de los pueblos americanos.

Pero este proceso tomó caminos diferentes en Mesoamérica y los Andes. No se trata solamente de que en cada lugar operara principalmente un orden religioso diferente (dominicos en Perú y franciscanos en México). El desarrollo de los sucesos posteriores a la muerte de los líderes indígenas en ambas sociedades determinó que los doce franciscanos recibidos, muy aparatosamente por Hernán Cortés, tuvieran mucha mayor resonancia que la esforzada pero ingrata tarea de fray Vicente de Valverde que murió de mala manera en su viaje de regreso a España. Como ya se adelantó, el anunciado ataque de los almagristas se concretó en el asalto a la casa de Francisco Pizarro el 26 de junio de 1541. La muerte del gobernador y el efímero encumbramiento del hijo mestizo de Diego de Almagro desencadenaron el período turbulento que se conoce en la historia peruana como "*las guerras civiles*". Este espacio de batallas sin cuartel duró hasta 1569 en que arribó como cuarto virrey, don Francisco de Toledo con el encargo expreso de poner orden en estas tierras. Un primer virrey había muerto en batalla contra los encomenderos,

otro, bastante anciano, pereció de muerte natural, pero abrumado por las tareas pendientes, y un tercero cayó asesinado. Los sublevados habían sido liderados por uno de los hermanos Pizarro o por otros caudillos que se alzaban contra las órdenes reales, que los despojaba de los privilegios de los primeros tiempos de la conquista.

En toda esta confusión, los enfrentamientos de ambos bandos llevaron indígenas como parte de sus tropas, que combatieron sin que sus reales intereses fueran ni siquiera conocidos. Esto implicó la movilización de pueblos enteros, tanto por el desplazamiento de las tropas, como por todos los que huían al conocer la proximidad de una batalla, o al ver destruidos sus campos de cultivo. Cabe aquí anotar que mientras Cortés mantuvo como capital hispana a Tenochtitlán, es decir, en el espacio de la moderna Ciudad de México, Pizarro prefirió, luego de muchas dudas, abandonar la sierra peruana y la antigua sede de los Incas (Cuzco), para establecer como capital del naciente virreinato a Lima, en las costas del Pacífico. Las consecuencias de esta última decisión son ahora visibles, se hizo explícita la distancia entre europeos e indígenas, fragmentando a la futura nación con una brecha que aún no se cierra.

En estas condiciones, la evangelización de los pueblos andinos fue una labor intermitente en el mejor de los casos. Procesos de poderosa influencia posterior, como el ascenso de sectores indígenas a los cargos de curacas, sin el aval tradicional de las noblezas locales, comenzó a transformar la estructura de la sociedad indígena. Se estableció entonces un nuevo mediador en el cobro de tributos, adquisición de fuerza de trabajo y de divulgación de la fe. Un nuevo mapa social se creó al disiparse el humo de las batallas, el Tawantinsuyu estaba definitivamente muerto.

Referencias Citadas

- Bauer, Brian S.
2008 Cuzco Antiguo: tierra natal de los incas. Cuzco: CBC.
- Betanzos, Juan De
Suma y narración de los incas. Madrid: Ediciones Polifemo, 2004 [1556].
- Busto, José Antonio
2000 *Pizarro*. Lima: Ediciones Copé.
- Coe, Michael D.
1999 *Breaking de Maya Code*. New York: Thames and Hudson.
- Cook, Noble, David y W. George Lovell (editores)
2000 *Juicios secretos de Dios*. Quito: ABYA-YALA.
- Delgado Gómez, Angel (editor)
1993 *Hernán Cortés: Cartas de Relación*. Madrid: Clásicos Castalia.
- Durán, Pedro
1995 *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de tierra firma*. México D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Gibson, Charles
1967 *Los aztecas bajo el dominio español*. México: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Lavalle, Bernard
2006 *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista*. Lima: IFEA, IEP e Instituto Riva Agüero.

- Lohmann Villena, Guillermo
1986 Francisco Pizarro. Testimonio. Documentos oficiales, cartas y escritos varios. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján
2001 El pasado indígena. México: El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica.
- Martínez, José Luis
1990 Hernán Cortés. México: Fondo de Cultura Económica.
- Millones, Luis
1987 Historia y poder en los andes centrales. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- 2011 Descifrando el futuro: una mirada al camino por recorrer. En: Atando Cabos. Carmen Arellano Hoffmann y Gary Urton, editores. Lima: Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia.
- Quispe-Agnoli, Rocío
2011 El quipu frente a las filosofías coloniales del lenguaje y escritura. En: Atando Cabos. Carmen Arellano Hoffmann y Gary Urton editores. Lima: Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia.
- Romero Galván, José Rubén (coordinador)
2003 Historiografía novohispana de tradición indígena. México: Universidad Nacional Autónoma de México.